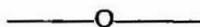


si se analizan a fondo todos los hilos de la intriga llegaremos al convencimiento de que la ocupación del territorio nacional por tropas de los Estados Unidos operada en 1916, como la intervención en Nicaragua y Haití y la compra de Saint-Thomas, fué una consecuencia de la gran guerra de 1914.



Pocos pueblos han sido tan aleccionados por la historia como el nuestro. Pocos han sufrido tanto toda clase de experiencias e infortunios. Pocos han caído en un estado de tan prolongada pobreza, por causa de las mismas vicisitudes, en que todo languideció menos la base moral que lo mantuvo vivo casi por milagro. Pocos estuvieron tan a punto de perecer para ceder el paso a otro género de comunidad.

Es la razón de su rápido actual resurgimiento, guiado por la mano de un hombre genial. En el Generalísimo Rafael Leonidas Trujillo Molina se ha resumido, como oro depurado en dilatado crisol, toda la preocupación, toda la inteligencia vigilante, toda la sabiduría, toda la visión de la realidad y del futuro derivadas de la secular y dolorosa experiencia del pueblo dominicano. En él se compendia y se hace

carne, convertida en acción constructiva, el ansia de salvación, de supervivencia, de superación, de seguridad, tantos siglos contenida por el pueblo de Santo Domingo.

A tanto tiempo de infortunio ha sucedido ahora, en una compensación tan extraordinaria como fué el pasado de este país, un presente de vertiginosa ascensión. A la altura de estos tiempos ya no pueden esperarse repercusiones de los sucesos exteriores del tipo de las ocurridas hasta 1924. El país se ha transformado totalmente. La obra de preservación nacional, de desarrollo de la riqueza y de mejoramiento de la sociedad en todos sus aspectos llevada a cabo por Trujillo ha hecho de nosotros un pueblo realmente soberano que participa en la convivencia mundial en el grado y la forma exigidos por las corrientes reinantes en nuestra época. Los sucesos externos sólo lo afectan dentro del marco de la necesaria interdependencia de las naciones, como a los pueblos llegados a la madurez, y no como a juguete de extrañas voluntades. Este tipo de repercusiones es el único que ha tenido entre nosotros la gran guerra de 1939, último suceso de la historia que ha puesto a prueba la vocación a la vida y a la cultura del pueblo dominicano.

Discurso de contestación

leído por el académico Lic. Emilio Rodríguez Demorizi

Señores Académicos, señores:

¡Triste sino el de las Academias que sólo se renuevan al precio de la vida!

Por ello nuestro alborozo de hoy, al recibir a un nuevo compañero en las apasionantes lides de la historia, ha de quedar suspenso, siquiera por un instante, en la angustiosa evocación de otro compañero ilustre perdido ya entre las nieblas de lo desconocido.

El sitio que honraba entre nosotros Manuel Arturo Peña Batlle, una de las más sobresalientes mentalidades que haya producido la República, viene a

ocuparlo con todo derecho Pedro Troncoso Sánchez, también una de las mentes dominicanas mejor nutridas, a quien cabe señalar entre los más notables representativos de la cultura patria.

Dispares en el temperamento y la actitud, las vidas de Peña Batlle y de Troncoso Sánchez fueron en cierto modo paralelas: uno en el campo de la historia y del derecho internacional, y el otro en los altos planos de la filosofía, en cuyo estudio ha revelado vocación y capacidad y particularmente notoria condición de arquetipo del filósofo que es posible imaginar en nuestros tiempos: maduro de pensamiento y de intención; enmarcado serenamente en el justo medio



de que hablan los griegos; y adulto de razón y de conocimiento, de educación y de conciencia, como lo fuera un resurrecto discípulo de Sócrates.

La mejor prenda de lo que os digo ya la tenéis en el bello discurso que acabáis de escuchar, pleno de esa sagacidad crítica, sana y confortante, alta y generosa, que ni desmedra ni deforma sino que realza, enriquece y acendra.

En su palabra ha cobrado vida el eximio ensayista de *La Isla de la Tortuga*, justamente asentado en el privilegiado lugar que le corresponde en nuestras letras: como síntesis de cuanto pueda decirse ahora y en los días venideros del magnífico escritor, Troncoso Sánchez ha dado la fórmula exacta al afirmar que "la lectura de Peña Batlle puede suscitar objeciones, pero siempre entusiasmo por el derroche y el vigor de la inteligencia explicitada en ella".

Y ha sido Troncoso Sánchez, precisamente, de los primeros en oponer su pensamiento a las inesperadas conclusiones de Peña Batlle en su discutida interpretación del positivismo hostosiano. Puedo afirmar que esa posición suya no es de ahora. En nuestras pláticas casi cotidianas por vías y plazas de la Ciudad Eterna, al margen de la mágica fascinación de las costas temporales y del espíritu, del Coliseo y de San Pedro, del Pincio y de Sant Angelo, ya le escuchaba sus objeciones, y ahora, sorpresas de la vida, volvemos aquí, ante vosotros, al mismo diálogo. Permitidme estas evocaciones personales —que no es la historia deidad adusta y áspera de cuyos labios sólo se escuchan solemnes juicios— porque también participé de esas objeciones a Peña Batlle, y así consta en nuestras conversaciones epistolares acerca de asuntos de la Patria.

Le observaba que desde 1844 la Nación ha tenido tres momentos culminantes. El espectáculo heroico: las guerras de la Separación y la Restauración; el espectáculo intelectual: Hostos; y el espectáculo político: Trujillo. Contemplar la revolución hostosiana en los libros, a través de su doctrina, discutible como toda doctrina, no basta. Para apreciar sus proyecciones morales e intelectuales, la férvida lucha y el activo afanar de colmena que produjo en toda la República, es menester transportarse a su época, recorrer la luminosa prensa de la época. Cabría una comparación. Hoy no pasará día en que nuestra prensa no dé noticias de alguna actividad oficial efectiva. Lo mismo en época de Hostos: era bien raro que transcurriesen algunos días sin que se diese información de las extendidas actividades del normalismo, así en Puerto Plata y en Santiago como en

Azua y Samaná, por todos los confines del país. La eficacia intelectual y moral de la revolución hostosiana fué evidente. Si no alcanzó todas las conquistas necesarias para nuestro porvenir, fué porque Hostos era un Maestro en toda la excelsa significación de la palabra, pero no un político, en el sentido que le atribuímos comunmente. Sus magnas utopías de Confederación y libertad de las Antillas le impidieron realizar las obras dominicanas que reclamaban la inmediata acción de su espíritu.

La pureza política del sabio antillano llegaba a las lindes de lo hiperbólico: para su obra habría necesitado el concurso del Presidente Heureaux y él lo abominaba. Martí, empero, no tendría escrúpulo alguno en recibir dineros de Lilís para equipar su expedición y hacer viable la de Maceo. La moral del Maestro era demasiado estricta para empujar hacia adelante empresa igual. No tuvo flexibilidad suficiente, la habilidad de conciliar, como Martí, sin manillarla, la moral con la política funcional. En este sentido Martí superó a Hostos como político.

Es inexacto que Hostos no gravitase nunca, como decía Peña Batlle, sobre los problemas nacionales. Hostos no podía gravitar sobre todos nuestros problemas en la forma pretendida por su ilustre impugnador, sino en la forma en que lo hizo, desde su Apostolado: el medio, las negativas circunstancias políticas, la invencible personalidad de Heureaux, le cerraban el paso. No podrá negarse que gravitó sobre uno de los más serios problemas del país: el de la educación científica, el de la educación moral. Elevó el nivel científico y moral como hoy se eleva el nivel de vida. Tan agudo era el problema que todavía no ha sido cabalmente resuelto. Hostos lo resolvió a medias, que ya fué mucho.

Sobre otros problemas dominicanos gravitó el Señor Hostos: el caso restos de Colón, que desde Tejera hasta nosotros fué elevado a la categoría de problema, fué tratado larga y doctamente por el Maestro; para el problema fronterizo dió la solución: la frontera humana, la frontera semoviente, decía, que es claro antecedente de la más resuelta hazaña del Estadista de San Cristóbal. De muchas obras realizadas ahora o en vías de realización, hay indudables antecedentes en Hostos. Los ejemplos podrían multiplicarse y se llegaría irremisiblemente a la conclusión de que Hostos no fué ajeno a los problemas nacionales y que los comprendió y dió soluciones consonas con su posición en la sociedad dominicana de la época. Si con él fuimos lo que fuimos, ¿qué habríamos sido sin él, sin su magna lección?



Empero, la impugnación de Peña Batlle es el mejor tributo que hoy puede rendírsele al insigne Educador: revisar su obra; vivificar lo permanente de esa obra; extraer de ella lo útil y valedero, constituiría una nueva modalidad del hostosismo. Peña Batlle inició la bella empresa. Al Hostos de ayer podrá oponerse el Hostos de hoy y de mañana, porque en su vida y en su lección dominicana hay aún simiente viva; ese hálito de vida inmortal que el caminante advierte en el Teatro de Dionisios: ni los rotos capiteles ni las trucas cariátides ni las hierbas intrusas que los griegos de hoy dejan crecer en el recinto augusto, disminuyen la grandeza del espectáculo en que Atena svertió su espíritu. El espectáculo Hostos era de esos.

Así como participaba de las impugnaciones de Troncoso Sánchez relativamente al antihostosismo de Peña Batlle, así disentía de él en sus objeciones al reflexivo santanismo del extinto ensayista, con quien estuve identificado, como él lo declara al pronunciarse en pro del "binomio sustancial", Duarte y Santana, contra la "inocua trilogía", como él calificaba a la caduca tríade de Duarte, Sánchez y Mella. "El bocado resulta todavía muy duro para el adocenado paladar de nuestras gentes —decía— pero puede tenerse la seguridad de que se ha puesto ya la primera piedra del nuevo edificio de la revaloración. El caso Santana —agregaba— debe estudiarse y considerarse en sí mismo, objetivamente, sin pasión y sin espíritu sectarista. Los enemigos del hombre se valen de toda patraña para desacreditarlo, pero no logran destruir con su odio la posición que ocupa en la formación del país".

Estos son, señores, y nadie lo extrañe, los nuevos rumbos de la historia dominicana; que con razón decía Goethe que "todo lo histórico es para nosotros algo sorprendente e inseguro". La nueva manera de ver las cosas, las nuevas perspectivas, el descubrimiento de nuevos documentos, cambian de súbito el panorama histórico y en vez de los dorados tintes de la leyenda viene a iluminarlo la diáfana lumbre de la verdad.

Tras el inteligente examen de la obra de Peña Batlle, el atildado autor de *Bosquejos filosóficos* ha hecho una reveladora evocación de *Las guerras europeas de Santo Domingo*, de la dramática repercusión de las luchas del Viejo Mundo en la Isla Española. Así era, en efecto. Cada contienda entre España y sus rivales de siempre echaba sobre Santo Domingo el iracundo oleaje desatado por la lejana tempestad. Cada suceso político de allende el Océano llegaba hasta la Isla, sacudiéndola estrepitosamente, ora para perderla, como en tiempos de Drake, ora para salvarla, como en tiempos de Sánchez Ramírez. Hasta las luchas internas de la Metrópoli tenían resonancia y consecuencia entre nosotros: un partido, el de la Unión Liberal, hizo la Anexión a España; otro partido, el Moderado, la deshizo, disponiendo el abandono de la República.

En el angustioso recuento de esas repercusiones, trazadas con tan certera visión de nuestra realidad histórica por el nuevo académico, está la clave de nuestros grandes infortunios: la dualidad étnica y política de la Isla, no como resultado de errores hispano-dominicanos propiamente dichos, sino como fatal culminación del secular proceso de las rivalidades de las potencias europeas, contra las cuales no podía haber ni hubo fuerzas suficientes, en la Isla, que lograsen la mutación de sus tristes destinos.

Señor Recipiendario:

Tened la certeza de que se os recibe con júbilo y fe en esta casa; de que sois digno del galardón que se os ofrece; de que podéis gozaros en la íntima ufanía de ocupar, mercedamente, la silla de vuestro ilustre antecesor.

Pero por sobre tan legítimas satisfacciones prive en vuestro ánimo la que deriva de esta singular y bella circunstancia: que vuestro progenitor esclarecido preside esta Academia, y nunca fué cosa común que padre e hijo escalasen juntos las cimas del espíritu.

